

EL TRATADO DE LA ORACION DE EVAGRIO PONTICO

P. Pablo Saenz, o.s.b.

*Monasterio de San Benito de Luján –
Argentina*

Hacia fines del siglo IV, Evagrio Póntico redactó, en su celda de solitario, una pequeña obra que estaba destinada a tener gran repercusión en el ambiente monástico del Medio Oriente: el *Tratado de la Oración*. Esta obra es, quizás, el primer verdadero tratado sobre la oración que conoce la Iglesia, ya que las pocas obras anteriores que tienen relación con el tema son más bien comentarios al Padre Nuestro con algunas acotaciones sobre el hecho mismo de orar.

Su antigüedad, así como el genio de su autor, hacen que este tratado difiera visiblemente de lo que llamaríamos un tratado moderno sobre la oración, diferencias que hacen que sea algo difícil para el lector de hoy el poder abordarlo y aprovechar su gran valor. Sin embargo, nos parece que puede ser muy útil escuchar una voz que habla en lenguaje algo distinto del que estamos acostumbrados a oír, para descubrir, o quizás redescubrir, cosas que se nos escapan por demasiado conocidas.

La primera diferencia que aparece inmediatamente al compararlo con un tratado actual, es su estructura. En la obra no hay un orden general lógico en la distribución de materias, sino que el tratado está concebido como una colección de sentencias o capítulos, como los llama el autor, yuxtapuestos, o formando pequeños grupos alrededor de un tema. Muchos (la mayor parte) dan la impresión de ser reflexiones que han brotado de la larga experiencia de alguien que ha vivido muy hondamente el misterio de la oración. Por eso no es extraño que detrás de un aparente desorden, se oculte una doctrina coherente que se unifica en el espíritu del que la descubre. Evagrio, como todos los grandes maestros, enseña no sólo con lo que dice *directamente*, sino con todo aquello que casi accidentalmente se escapa de su pluma y que forma la trama profunda de su enseñanza viva.

Detrás de la diferencia algo exterior de la forma de expresarse, aparece otra que se presiente con facilidad: Evagrio transmite su doctrina con una sensibilidad espiritual muy distinta de la que, quizás, estamos acostumbrados. Es, pues, necesario recordar que hay que transponer obligatoriamente algunos obstáculos para alcanzar a tomar contacto profundo con su enseñanza. Sin embargo, nos parece que este esfuerzo tiene una amplia recompensa cuando el lector llega a descubrir que, entre la vieja espiritualidad del desierto y la de hoy, existe una afinidad insospechada. El *Tratado de la Oración*, a pesar de todo su exterior arcaico, tiene algo muy actual, algo que nos llega con la frescura y la juventud de las obras perennes, y que realmente puede iluminar la vida de oración del hombre de hoy.

El *Tratado de la Oración*, como todas las obras de Evagrio, fue considerado

sospechoso respecto de su ortodoxia (ver la Introducción general). * Para poder sobrevivir, debió esconderse durante siglos entre los escritos de san Nilo, como puede comprobarse en Migne (PG 79, 1165-1200), hasta que, hace apenas unas décadas, el P. I. Hausherr lo consiguió devolver a su verdadero autor. Nos preguntamos, por eso, si el *Tratado de la Oración* es realmente ortodoxo o está viciado con algún error o falsa concepción del dogma. Si en general se admite que las obras espirituales de Evagrio Póntico no dependen de su concepción origenista de la *economía divina*, en este caso nos parece que esta afirmación se puede hacer con bastante seguridad. Sin negar que se puedan hallar algunas expresiones en las que sea posible rastrear la dependencia de opiniones erróneas, nos predispone a juzgar ortodoxa la línea general de esta obra el hecho de haber sobrevivido tantos siglos bajo la paternidad de un santo, y de haber sido tenido en muy alta estima, no sólo por el gran público, sino aún por santos, como san Máximo el Confesor, quien, en sus *Centurias sobre la Caridad*, depende de un modo visible y directo de lo que podemos llamar el núcleo de la doctrina de Evagrio. Nos parece, por lo tanto, que una lectura verdaderamente *cristiana* del *Tratado de la Oración* es no solamente posible sin violentar el texto, sino la que en justicia se debe hacer, y que, en definitiva, es la única que puede *interesar* al cristiano de hoy.

La presente traducción del *Tratado de la Oración*, realizada sobre el texto de Migne (PG 79, 1165-1200), y controlada con la traducción francesa de I. Hausherr (*Les leçons d'un contemplatif ou le Traité de l'Oraison d'Evagre le Pontique*, París 1960), no tiene otra pretensión sino la de facilitar el acceso a un maestro de vida espiritual. La traducción va precedida de una pequeña introducción destinada a aclarar apenas algún aspecto del tratado. Para una introducción completa y erudita sobre el pensamiento de Evagrio, remitimos al lector al estudio histórico y doctrinal de A. Guillaumont, publicado al comienzo del primer tomo del *Tratado Práctico*, editado en la colección Sources Chrétiennes, N° 170, p. 21 a 112.

En la lectura del texto, el lector descubrirá *capítulos* de un interés espiritual muy desigual. Nos permitimos sugerirle que no se demore en los que se ocupan de cuestiones accidentales dependientes de una época muy distante de la nuestra, sino que saboree aquellos que, densos de contenido, son capaces de iluminar nuestro encuentro con Dios con la luz callada y oscura del descubrimiento espiritual.

*
* *
*

* Véase el N° 36 de CUADERNOS MONASTICOS, p. 83.

1. Qué es la oración

Delimitar el objeto sobre el cual se va a reflexionar, en este caso la oración, parece ser el primer paso necesario para hablar de él. Pero Evagrio no se preocupa por dar al lector una definición de lo que él considera oración, sino que, poco a poco, dibuja por aproximaciones una imagen cada vez más ajustada de su pensamiento.

Adelantándonos un tanto al orden del Tratado, vamos a sintetizar su doctrina partiendo provisoriamente del cap. 3°. Se dice allí incidentalmente que la oración es una "homilía del espíritu hacia Dios". La expresión tiene una verdadera densidad teológica. La palabra *homilía* no significa originariamente en griego 'conversación' sino 'reunión' (cf. Bailly: "homilía"). En el Nuevo Testamento la palabra *homilía* tiene por lo menos dos sentidos. En I Cor 15,33 significa 'compañía' ("Las malas compañías corrompen las buenas costumbres", verso de Meandro citado por san Pablo); y en san Lucas 24,14, el verbo *homilein* es usado en el sentido de conversar privadamente (Los discípulos de Emaús "*conversaban* entre ellos sobre todo lo que había sucedido"). En el *Tratado de la Oración* la palabra *homilía* tiene estos dos sentidos: es una conversación, pero es sobre todo un encuentro con Dios, un acercarse a Dios, una presencia de Dios. Moisés acercándose a la zarza ardiente es la imagen del hombre que ora (cap. 4).

Para comprender el alcance de la enseñanza pensemos en otro encuentro, en otra *homilía* que nos es más fácil de comprender: nuestra *homilía* con las criaturas, nuestra *homilía* con el mundo. Toda la riqueza de contenido que supone la noción de 'presencia', de 'encuentro' con una criatura, se da de un modo distinto pero muy real en el encuentro con Dios que es la oración. Nuestro encuentro con las criaturas lo realizamos como espontáneamente por medio de los sentidos o de las facultades intelectuales, en cambio el encuentro con Dios es mucho más exigente y delicado: sólo llegamos a Dios con lo más 'espiritual' de nuestro espíritu. Para poder acercarnos a El, como Moisés frente a la zarza, es necesario que nos descalcemos espiritualmente. En otras palabras, para orar, es absolutamente necesaria una preparación que consiste, como la imagen de Moisés descalzo lo insinúa, en *dejar* lo que nos impide acercarnos.

Para Evagrio, la oración tiene el carácter de un encuentro muy real, y no puramente o predominantemente psicológico o imaginario. Es un *estar* en la presencia de Dios sin intermediarios; es un *ver* a Dios con el espíritu; es una "*ascensión* del espíritu hacia Dios" (cap. 35). A Evagrio le interesa mucho que creamos en la 'realidad' de este encuentro, y es esto lo que explica, por lo menos en parte, ciertas expresiones que parecen excesivas, y que quizás lo son si se las interpreta al pie de la letra, pero que no lo son si se llega a su sentido profundo. Hay en Evagrio, como en muchos escritores de su tiempo, una tendencia a usar expresiones que corresponden al mundo sensible cuando quieren dar a entender que se trata de algo real, lo cual puede crear problemas no pequeños de inteligencia, y puede también ocultar alguna desviación. Sin embargo, pensamos que esta imprecisión no es ciertamente menos peligrosa que la imprecisión contraria, como sería decir que la oración es un encuentro psicológico con Dios, lo cual nos induciría a un error tan típicamente moderno como el de disolver la realidad de la presencia divina.

2. Libertad

La 'realidad' del encuentro inmediato con Dios que es la oración, tiene consecuencias muy concretas, y la primera de ellas es la necesidad de una preparación *real* a este encuentro. "Si quieres orar no hagas nada que sea contrario a la oración para que Dios se acerque y camine a tu lado" (cap. 65). El tema de la purificación del hombre (criatura y pecador) para prepararse a la *homilía* con Dios, es un tema central del Tratado. Casi podría decirse que el secreto de la oración consiste en no impedirla; el resto corre por cuenta de Dios.

Nuestro esfuerzo, pues, consiste ante todo en quitar obstáculos, y el primero de ellos son las *pasiones* o los *pensamientos apasionados*. Evagrio no hace en esta obra un estudio especial sobre las *pasiones* en general, pues ya lo ha hecho en otras obras como el *Tratado práctico* o *Los distintos malos pensamientos*. Si quisiéramos resumir lo que él enseña en estas obras sobre la pasión, diríamos que ésta es una inclinación estable hacia lo que aparta de Dios, que se despierta por la presencia de algo que la desencadena, o por el solo recuerdo de esto. De ahí que el *pensamiento apasionado*, en oposición al *pensamiento simple* o *desnudo*, es aquel que, no solamente trae el recuerdo de algo, sino que trae además una carga afectiva que atrae hacia algo que aparta de Dios.

La gran preocupación del monje consistirá, pues, en librarse de esas malas inclinaciones tratando de desarraigarlas en la medida de lo posible. Es la primera parte de la vida espiritual, la *vida práctica*, o como diríamos hoy, la vida ascética. Este esfuerzo de liberarse para orar comienza paradójicamente por la oración misma: "Ora primero para ser liberado de las pasiones" (cap. 37), nos dice. Pero a la oración que pide el auxilio divino debe unirse un esfuerzo de otro tipo.

Numerosos capítulos van a referirse al esfuerzo por dominar las pasiones como a algo estrictamente necesario. La atención principal de Evagrio sobre el problema de los *pensamientos apasionados* va a centrarse, en este tratado de la oración, sobre la *ira*. Toda pasión impide en mayor o menor grado, la oración, pero la ira, en cualquiera de sus formas, es su impedimento directo. El monje que no alcanza a dominarla no llegará jamás a la oración pura. Siendo el prójimo la imagen de Dios, nuestra relación con él condiciona nuestra relación con Dios que es la oración. Casi se diría que se trata de dos aspectos de la única oración. La mansedumbre, la humildad, la paciencia, etc., para con el prójimo son como el comienzo de la oración que va a florecer en el encuentro con Dios. El capítulo 21 que dice: "Deja tu ofrenda delante del altar y ve primero a reconciliarte con tu hermano; luego vendrás y orarás sin inquietud", nos habla muy claro de la relación caridad-oración, si bien es cierto que el acento está puesto más en la ausencia de ira que en el de la caridad.

3. Demonios y ángeles

Las pasiones se despiertan, como dijimos, por la presencia o por los recuerdos apasionados de las cosas que nos apartan de Dios. Pero además hay que contar con otro factor que aumenta su peligrosidad: el demonio. Este explota hábilmente la presencia de estas cosas y, en el caso de la vida monástica, sobre todo los recuerdos, pues se supone que el monje ha abandonado ya las cosas que apartan de Dios. El demonio sabe perfectamente que por este medio le será fácil apartar al monje de la oración. En este terreno, el monje está en lucha permanente contra su enemigo. Debe,

pues, aprender a conocer la táctica y las argucias del adversario, debe saber presentar combate, debe saber descubrirlo cuando se disfraza. Para nuestra sensibilidad actual, el tema del demonio parece excesivamente desarrollado, pero la extensión y la importancia que le da Evagrio tienen una enseñanza actual muy grande. Ante todo nos ponen frente a la realidad de que la vida espiritual es una lucha en el verdadero sentido de la palabra, y de que esa lucha se entabla principalmente en el terreno de la oración. Además nos enfrenta crudamente con la realidad del demonio, la de ese ser real, la de esa *persona* que quiere apartarnos de Dios.

La acción de los ángeles aparece, como contraste, envuelta en un clima de paz. No está descrita con la minuciosidad con que lo está la acción de los demonios, quizás porque, frente a ella, todo lo que tiene que hacer el monje es recibirla con acción de gracias. Pero, no por eso es menos importante.

4. Virtudes

Junto con la erradicación de las pasiones aparece la implantación de las virtudes. Evagrio, con un sentido común notable, comienza el tratado avisando que no es posible la vida de oración sin poseer las virtudes cardinales, *el cuaternario de las virtudes*. Sin éste, el espíritu no tiene firmeza y corre el riesgo de ser *traicionado*, es decir, de caer, atacado por la espalda, justamente cuando parecía progresar y triunfar en el derrotero espiritual.

Naturalmente que no sólo las virtudes cardinales son las necesarias. Hace falta humildad para reconocerse pecador y llorar las propias culpas. Hace falta valor para aceptar la cruz, para entregarse a la voluntad de Dios. Hace falta una verdadera sinceridad interior. Hace falta la mansedumbre, la paz y la caridad. En una palabra, la oración impone un esfuerzo de toda la vida espiritual, es como el resultado o como el espejo de ésta. Nada más opuesto al concepto de oración que surge de este tratado, que el de algo que fuera el resultado de una *técnica* o de una *habilidad*. Para Evagrio, la oración es algo que brota, que crece como un ser vivo del humus de la paz interior y de las virtudes. Con razón puede describirla delicadamente como "un retoño de la mansedumbre y de la ausencia de cólera" (cap. 14).

5. Pobreza

Además de la indispensable lucha para desarraigar los vicios y para adquirir las virtudes, para alcanzar la oración es necesario algo a lo que Evagrio concede gran importancia, y que a falta de una expresión más adecuada llamaremos provisoriamente *pobreza*. La oración, la buena oración, está supeditada, según Evagrio, a un misterio de pobreza. Esta palabra significa, ante todo, lo que obviamente expresa: una cierta carencia o limitación de bienes materiales. Pero para el monje, al que Evagrio supone realmente pobre, el problema no se plantea tanto en el plano de los bienes reales como en el del recuerdo o amor que conserva de ellos. "Ve, vende lo que tienes y dalo a los pobres. . . para que puedas orar sin distracción" (cap. 17), escribe, refiriéndose no sólo a las *cosas* sino a los *pensamientos*. La buena oración implica una purificación verdadera de todo apego, aún el más platónico, a los bienes materiales, implica una verdadera pobreza interior.

Pero esta pobreza interior no se limita a una pobreza *afectiva*, sino que se extiende a algo que nos puede extrañar, por lo menos en su formulación: *la pobreza*

de formas. Evagrio nos dice repetidas veces que la buena oración supone la supresión de formas, por ejemplo: "Feliz el espíritu que en el tiempo de la oración consigue una total ausencia de formas" (cap. 117). Esta y otras expresiones semejantes pueden parecer dependientes de alguna doctrina contemplativa no cristiana, residuo de un paganismo mal asimilado que no pasa de ser una falsedad o, al menos, una ilusión. El origen de estas expresiones puede ser ciertamente no cristiano, pero nos interesa más saber si su contenido es o no es verdaderamente evangélico. ¿Cómo fundamenta Evagrio esta enseñanza? Si analizamos el sentido de la palabra *forma*, vemos que significa toda imagen de algo sensible, o una representación sensible de algo espiritual. Pero para ir a Dios que es espíritu purísimo en el grado supremo de inmaterialidad, es necesario hacerse de algún modo *inmaterial* (cf. cap. 66). Este razonamiento parece hacer depender de una doctrina filosófica, una norma de orden religioso. Sin embargo, es posible que el orden haya sido inverso, que Evagrio haya partido de su experiencia religiosa para encontrar luego una explicación filosófica coincidente. Da la impresión de que parte de un hecho muy conocido por él: el grave *peligro* que entraña el querer ver algo sensible en la oración, aunque fuera ver a Cristo o a ángeles, peligro de perder la razón, peligro de ser engañado por el demonio, peligro de vanagloria (cf. cap. 115, 116 y 117). La oración buena, para Evagrio, es otra cosa. No depende de supuestas visiones sino que se realiza en un *lugar* muy secreto del alma donde no cuentan las formas o figuras. Es posible que Evagrio con las expresiones "ausencia de formas" (cap. 117), "despojarse de todo lo sensible" (cap. 120), "inmaterial" (cap. 119), y otras semejantes, esté hablando no de un estado irreal e ilusorio de perfección pagana, sino de algo muy simple y muy cristiano, que por sencillo y conocido se nos escapa con frecuencia: el hecho de que la oración verdadera, como verdadero encuentro con Dios que es, es algo simplicísimo e incommunicable que sucede en el fondo del alma, en "lo secreto", y que todo lo que la complica *interiormente* no sólo no es oración sino estorbo o ilusión. Quizás la *pobreza de formas* que nos pide Evagrio no sea sino un comentario, expresado en su lenguaje, del "entra en tu cuarto, cierra la puerta y ora a tu Padre que está en lo secreto" (Mt 6,6).

Resumiendo, podríamos decir que la oración, a pesar de ser algo tan simple y tan connatural como el encuentro de un hijo con su padre, supone un enorme esfuerzo para ser alcanzada. Justamente supone el esfuerzo porque es simple, y el pecado nos ha vuelto penosamente complicados; porque es connatural, y el pecado ha desorientado nuestra naturaleza. De ahí que se impone el trabajo penoso y arduo de simplificar nuestro espíritu. "Feliz el espíritu que en el tiempo de la oración se vuelve inmaterial y pobre" (cap. 119), nos dice Evagrio. La expresión nos parece densísima y muy digna de ser pensada hondamente. En el fondo no es sino un balbucear muy deficiente de algo inexpresable que se realiza en el encuentro de la criatura con el absoluto de Dios, del hijo con el Padre. Nos parece que la exigencia del Señor: "Si no os hicieris como niños no entraréis en el Reino de los Cielos" podría trasladarse en una aplicación netamente evagriana a ese misterioso Reino de los Cielos vivido en la oscuridad de la fe que es la oración.

TRATADO DE LA ORACION

PROLOGO

Estando yo abrasado por el fuego de malas pasiones, la llegada de tu piadosa carta fue para mí, como de costumbre, un verdadero alivio. Reconfortaste mi espíritu fatigado hasta el extremo, imitando felizmente al gran Preceptor y Maestro. Y esto no es raro, pues tú siempre tuviste la mejor parte, como el bienaventurado Jacob. Por Raquel serviste espléndidamente, y recibiste a Lía; y ahora buscas la deseada, porque ya has cumplido la semana.

Yo, por mi parte, no niego que había trabajado toda la noche sin haber pescado nada, cuando, impulsado por tu palabra, eché la red, y pesqué una cantidad de peces, aunque no ciertamente de gran tamaño. Son ciento cincuenta y tres. Te los envío como otros tantos capítulos en la cesta de la caridad, para cumplir tu orden.

Admiro y alabo mucho la excelente intención que te ha hecho desear estos capítulos sobre la oración, pues no ansías tenerlos solamente en las manos, escritos con tinta sobre el papel, sino cimentados en el espíritu por la caridad y por el olvido de las injurias.

Pero como, según el sabio Jesús Ben Sirac (Eccli 42,25), todas las cosas tienen un doble aspecto, uno frente a otro, recibe lo que te envío, según la letra y según el espíritu, entendiéndolo que el espíritu precede absolutamente a la letra, ya que si aquel falta, de nada la letra vale. Así, pues, dos son los modos de la oración, uno "práctico" y otro "teórico", del mismo modo que en el número hay un aspecto palpable, que es la cantidad, y otro solamente indicado, que es la cualidad.

Dividiendo el tratado de la oración en ciento cincuenta y tres párrafos, te hemos enviado un evangélico alimento, para que halles el gozo del número simbólico en la figura del triángulo y del hexágono, que representan la gnosis de la Santísima Trinidad y la descripción del orden de este mundo.

El número cien es, en sí mismo, un número cuadrado, y el cincuenta y tres, triangular y esférico, ya que este último consta del número veintiocho, que es triangular, y del veinticinco que es esférico, pues se compone de cinco veces cinco. Tienes así la figura del cuadrado no sólo en el cuaternario de las virtudes sino en la sabia gnosis del siglo, con la que se relaciona el número vigésimo quinto, si se atiende a la esfericidad de los tiempos. Pues una semana sigue a otra semana, y un mes a otro mes; el tiempo gira de año en año, y una estación sucede a otra estación, como la primavera y el verano, a las que conocemos por el movimiento del sol y de la luna.

El triángulo puede indicarte la gnosis de la Santísima Trinidad. Pero si consideras que ciento cincuenta y tres es triangular a causa de la multiplicidad de los números que la componen, se puede descubrir en él la ciencia práctica, la natural y la teología, o la fe, la esperanza y la caridad; oro, plata y piedras preciosas.

Esto, en cuanto a los números. En cuanto a los capítulos, no desprecies su pobreza, tú que sabes acomodarte a la abundancia y a la estrechez, y que te acuerdas de Aquel que no rechazó las dos monedas de la viuda, sino que las prefirió a las riquezas de muchos otros.

Y puesto que conoces el fruto de la bondad y de la caridad, espero que guardes estos capítulos para tus verdaderos hermanos, rogándoles que oren por el enfermo para que éste se cure, tome su camilla y, en adelante, camine por la gracia de Cristo, verdadero Dios nuestro, a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

1. Si se quiere preparar un perfume de agradable olor, se mezclará, como dice la ley (Ex 30,34), igual cantidad de incienso transparente, canela, ónix y mirra. Este es el cuaternario de las virtudes. Si estas alcanzan su plena medida y equilibrio, el espíritu no será traicionado.

2. El alma purificada por la plenitud de las virtudes afianza al espíritu en una actitud inmovible y le da la capacidad de recibir el estado que busca.

3. Si la oración es el trato íntimo del espíritu con Dios ¿en qué estado deberá hallarse el espíritu para que, establecido en una paz inalterable, vaya hacia su propio Señor y trate con El sin ningún intermediario?

4. Si Moisés, cuando intentó acercarse a la zarza ardiente, no pudo hacerlo hasta que se quitó las sandalias de sus pies ¿cómo tú, que pretendes ver al que está por encima de todo conocimiento y sentimiento, no te desprendes de todo pensamiento perturbado por la pasión?

5. Pide ante todo recibir el don de lágrimas para ablandar, por la compunción, la rudeza de tu alma, de modo que, confesando contra ti mismo tu iniquidad al Señor, obtengas de El el perdón.

6. Usa de las lágrimas para tener éxito en todas tus súplicas, pues el Señor se alegra mucho cuando recibe una oración hecha con lágrimas.

7. Aunque derrames torrentes de lágrimas en tu oración, no por eso te engrías como si fueras más que los demás. Simplemente tu oración ha recibido una ayuda para que puedas confesar generosamente tus pecados y aplacar al Señor con tus lágrimas.

8. No conviertas, pues, en pasión el antídoto de las pasiones, no sea que irrites más al que te da la gracia. Muchos que lloraban sus pecados se olvidaron de la finalidad de las lágrimas y se extraviaron enloquecidos.

9. Persevera con valor en una esforzada oración, y aparta las preocupaciones y pensamientos que surjan, porque ellos te turban y te agitan para debilitar tu vigor.

10. Cuando los demonios te ven lleno de entusiasmo por la verdadera oración, te sugieren primero el pensamiento de cosas necesarias, y luego avivan su recuerdo e incitan al espíritu a que las busque. Pero como éste no las halla, entonces se entristece y descorazona. En el tiempo de la oración le representan las cosas que buscaba y su recuerdo, para que el espíritu, relajado por esta consideración, defeccione y pierda la oración fructuosa.

11. Pugna para que tu espíritu, en el tiempo de la oración, sea sordo y mudo. Entonces podrás orar.

12. Cuando sufras alguna prueba o contradicción, cuando te irrites, o cuando te sientas impulsado a vengarte o a replicar, acuérdate de la oración y del juicio que en ella te espera, e inmediatamente se apaciguará en ti el movimiento desordenado.

13. Todo lo que hicieres para vengarte de un hermano que te ha ofendido, se te convertirá en piedra de tropiezo en el tiempo de la oración.

14. La oración es un retoño de la mansedumbre y de la ausencia de cólera.

15. La oración es fruto de la alegría y de la acción de gracias.

16. La oración es defensa contra la tristeza y el abatimiento.

17. Ve, vende lo que tienes y dalo a los pobres, toma tu cruz y niégate a ti mismo, para que puedas orar sin distracción.

18. Si quieres que tu oración sea digna de alabanza, niégate a ti mismo y soplamente toda clase de males por amor a la oración.

19. Si sobrellevas sabiamente una pena, recogerás el fruto en el tiempo la oración.

20. Si quieres orar como conviene, no causes tristeza a ningún alma. De lo contrario, corres en vano.

21. Ha sido dicho: "Deja tu ofrenda delante del altar y ve primero a reconciliarte con tu hermano" (Mt 5,24). Luego vendrás y orarás sin inquietud. Pues el rencor oscurece la facultad rectora del que ora y entenebrece sus oraciones.

22. Los que acumulan penas y rencores y se imaginan que oran, son como quienes sacan agua y la vierten en un barril agujereado.

23. Si eres paciente, orarás siempre con alegría.

24. Cuando ores como conviene, se te ocurrirán cosas tales que te parecerá ciertamente justo el enojarte. Pero nunca absolutamente es justa la cólera contra el prójimo, y si buscas atentamente verás que es posible solucionar el asunto sin enojarse. Usa, pues, de todos los medios para no estallar en cólera.

25. Ten cuidado, no sea que por sanar a otro te vuelvas tú mismo un enfermo incurable y destroces tu oración.

26. Si evitas la ira, aprenderás a ser discreto, te mostrarás prudente en tus pensamientos, y serás contado entre los hombres de oración.

27. Pertrechado contra la ira, no admitirás jamás la concupiscencia. Esta es quien provee de materia a la ira, la cual perturba el ojo del espíritu y deteriora el estado de oración.

28. No ores solamente con actitudes exteriores, sino que, con gran temor, conduce tu espíritu para que sienta la oración espiritual.

29. A veces, en cuanto te pongas en oración orarás bien. Otras veces, aunque te esfuerces mucho no alcanzarás tu objeto. Esto último te sucede para que busques más y, una vez que halles, guardes inviolablemente lo que hallaste.

30. Al llegar un ángel, se alejan al instante aquellos que nos importunan, y el espíritu, gozando de una paz inalterable, ora saludablemente. A veces, por el contrario, cuando la guerra acostumbrada nos oprime, el espíritu, asediado por diversas pasiones, se debate sin poder levantar la cabeza. Sin embargo, si éste busca con insistencia, hallará, y si golpea con fuerza, se le abrirá.

31. No ores para que se realicen tus deseos, pues estos no siempre concuerdan con la voluntad de Dios. Ora, más bien, como aprendiste, diciendo: "Que tu voluntad se cumpla en mí". Así, en todas las cosas, le pides lo que es bueno y conveniente para tu alma, pues tú no siempre buscas esto.

32. Muchas veces he pedido en mis oraciones lo que yo estimaba que era bueno para mí, obstinándome en mi demanda y violentando neciamente la voluntad de Dios, sin permitirle que me diera lo que El sabía que más me convenía. Y cuando recibía lo que había implorado, era grande mi decepción por haber pedido que se hiciera mi voluntad, pues la cosa no era como yo me imaginaba.

33. ¿Qué hay de bueno fuera de Dios? Por lo tanto, entreguémosle todo lo que tenemos y nos hallaremos bien. El, que es plenamente bueno, nos regala con sus bienes.

34. No le exijas que te dé inmediatamente lo que pides. El quiere darte un bien

más grande haciéndote quedar junto a El, perseverando en la oración ¿Qué hay en efecto, más alto que conversar con Dios y abstraerse en un íntimo trato con El?

35. La oración es una ascensión del espíritu hacia Dios.

36. Si deseas ardentemente orar, renuncia a todo para recibir todo.

37. Ora primero para ser purificado de las pasiones; en segundo lugar, para ser librado de la ignorancia; y en tercer lugar, para ser librado de toda tentación y abandono.

38. Busca únicamente en tu oración la justicia y el Reino, esto es la virtud y la gnosis, y lo demás se te dará por añadidura.

39. Es justo que ores, no solamente por tu propia purificación, sino por la de todo hombre, como hacen los ángeles.

40. Mira si realmente te has unido a Dios en tu oración, o si más bien te ha vencido la alabanza de los hombres, y te sirves de la oración como de un velo para captarla.

41. Ya sea que ores con tus hermanos o que ores solo, esfuérzate por orar, no por rutina, sino sintiendo tu oración.

42. Lo propio de la oración es un recogimiento piadoso que, impregnado de compunción y de dolor del alma, confiesa la falta con secretos gemidos.

43. Si tu espíritu divaga en el tiempo de la oración, es que todavía no ora como monje sino que, siendo aún del mundo, se preocupa por adornar el exterior de la tienda.

44. Cuando ores, vigila enérgicamente la memoria para que no te traiga sus propios recuerdos sino más bien para que te ayude a progresar en la gnosis, pues el espíritu suele dejarse saquear a menudo por la memoria en el tiempo de la oración.

45. Cuando oras, la memoria te presenta las imágenes de cosas pasadas, o de nuevas preocupaciones, o el rostro de quien te ha hecho sufrir.

46. El demonio tiene una gran envidia del hombre que ora, y emplea todos los medios para arruinar su propósito. Así no cesa de reavivarle en la memoria el recuerdo de objetos, y de despertarle en la carne todas las pasiones, para impedirle, si fuera posible, su espléndida carrera y su éxodo hacia Dios.

47. Cuando el perverso demonio no ha podido impedir la oración del virtuoso, se retira un poco para tomar luego desquite de este orante. O enciende su ira para destruir el estado excelente que la oración ha dejado en él, o lo incita a algún placer irracional para denigrar su espíritu.

48. Cuando hayas orado como es debido, esfuérzate por no faltar a tu deber, y sé valiente para guardar el fruto. Recuerda que desde el principio has sido hecho para que trabajes y guardes (cf. Gen 2,15). No dejes de custodiar lo que has hecho con tu trabajo pues, de lo contrario, de nada te servirá lo orado.

49. La guerra que se libra entre nosotros y los espíritus impuros no se hace por otra cosa sino por la oración espiritual. Esta es hostil y odiosa para ellos, pero para nosotros es fuente de salvación y de alegría.

50. ¿Qué buscan los demonios al excitar en nosotros la gula, la impureza, la avaricia, la ira, el rencor y las demás pasiones? Que el espíritu sea entorpecido por ellas y no pueda orar como es debido. Porque cuando las pasiones irracionales dominan, éste ya no puede moverse de acuerdo a la razón y salir en busca del Verbo de Dios.

51. Vamos hacia las virtudes a través del sentido profundo de los seres creados, y

a éstos, por medio del Señor que los llamó a la existencia. El, por su parte, suele manifestarse en el estado de oración.

52. El estado de oración es un hábito libre de pasiones que, por un amor extremo, arrebató la inteligencia sabia y espiritual a la cumbre del mundo inteligible.

53. Quien quiera orar verdaderamente, no sólo debe dominar la ira y la concupiscencia, sino que debe librarse de todo pensamiento perturbado por alguna pasión.

54. Quien ama a Dios, conversa siempre con El como un Padre, despojándose de todo pensamiento afectado por una pasión.

55. No por haber alcanzado la paz interior ya se ora verdaderamente, pues es posible entretenerse con pensamientos simples y distraerse siguiéndolos, y estar muy lejos de Dios.

56. El espíritu, aun cuando no se detenga en los pensamientos simples de las cosas, no por eso ha alcanzado el "lugar de la oración". Puede suceder que se entregue a la contemplación de las criaturas y se ocupe en su sentido profundo, pero aun entonces, aunque tenga representaciones simples, como lo que contempla son cosas, éstas imprimen su imagen en el espíritu y lo alejan mucho de Dios.

57. Aunque el espíritu se eleve por encima de la contemplación de la naturaleza corporal, no por eso ha llegado a ver el "lugar de Dios". Puede estar ocupado en el conocimiento de los inteligibles y dispersarse en él.

58. Si quieres orar, necesitas de Dios, que es quien da la oración al que ora. Invócalo diciendo: "Santificado sea tu Nombre; venga a nosotros tu Reino", es decir: el Espíritu Santo y tu Hijo unigénito. Esta es su enseñanza cuando dice que hay que adorar a Dios, esto es, al Padre, en Espíritu y en Verdad. Estos tres son un solo Dios.

59. El que ora en Espíritu y en Verdad no saca de las criaturas la alabanza al Creador, sino que es de Dios mismo de donde saca la alabanza a Dios.

60. Si eres teólogo, orarás verdaderamente; y si oras verdaderamente, eres teólogo.

61. Cuando tu espíritu, a causa de un intenso deseo de Dios, se aparte poco a poco, por decirlo así, de la carne, rechace todos los pensamientos que vienen de la razón o del temperamento, y al mismo tiempo, se llene de devoción y alegría; entonces piensa que estás cerca de los confines de la oración.

62. El Espíritu Santo, compadeciéndose de nuestra debilidad, nos visita aunque no estemos todavía purificados. Si halla nuestro espíritu orando sinceramente, entra en él, aniquila el ejército de razonamientos y pensamientos que lo asedian, y lo incita a que se ocupe en los trabajos de la oración espiritual.

63. Los demonios (lit. los otros) producen en el espíritu razonamientos, pensamientos y visiones, causando alteraciones corporales. Pero Dios hace lo contrario: llega al mismo espíritu, le infunde el conocimiento que quiere, y, a través del espíritu, calma la intemperancia del cuerpo.

64. Todo el que aspira a alcanzar la oración verdadera, y se enoja o guarda rencor, es un loco. Es como aquél que quiere tener una vista penetrante y se daña los ojos.

65. Si quieres orar no hagas nada que sea contrario a la oración, para que Dios se acerque y camine a tu lado.

66. Cuando ores, no plasmes en ti representación alguna de lo divino, ni permitas que en tu espíritu se imprima ninguna forma, sino ve, inmaterial, hacia lo inmaterial, y lo hallarás.

67. Ten cuidado de las trampas de los adversarios. Cuando estés orando con una

oración pura y tranquila, puede suceder que de improviso se te presente una forma desconocida y extraña. Es para arrastrarte a la presunción de que creas que allí está la divinidad, y así persuadirte de que Dios es mensurable. Pero la divinidad no tiene cantidad ni figura.

68. Cuando el envidioso demonio no puede perturbar la memoria durante la oración, fuerza la complexión corporal para provocar alguna imagen peregrina que informe el espíritu. Este, acostumbrado a pensar con formas mentales, fácilmente se doblega y se deja engañar tomando el humo por la luz, él, que tendía a la gnosis inmaterial y libre de toda forma.

69. Manténte en guardia, y preserva tu espíritu libre de pensamientos en el tiempo de la oración, para que permanezca en su propia soledad. Entonces Aquel que se compadece de los ignorantes te visitará, y recibirás el don eminente de la oración.

70. No podrás orar con pureza si te complicas con cosas materiales y te agitas con continuas preocupaciones, pues la oración es un despojarse de los pensamientos.

71. Como aquel que está atado no puede correr, así el espíritu sometido a las pasiones no puede ver el lugar de la oración espiritual. Tironeado y rodeado por pensamientos cargados de pasiones, no puede mantenerse en paz.

72. Cuando el espíritu ora con pureza, sin distraerse y verdaderamente, entonces los demonios no se acercan a él por la izquierda sino por la derecha. Le representan la gloria de Dios como una figura agradable a los sentidos, para que crea que ya alcanzó perfectamente el fin de la oración. Esto proviene —decía un admirable gnóstico— de la pasión de la vanagloria, y del demonio que actúa sobre el cerebro y las venas.

73. Creo que el demonio actúa sobre el lugar que dije, para modificar a su gusto la luz que rodea el espíritu. Excita, pues, la pasión de la vanagloria inculcando en el espíritu irreflexivo el pensamiento de que alcanza la ciencia divina y esencial. Como el espíritu no se siente acosado por pasiones carnales e impuras sino afianzado en la pureza, cree que no se ejerce contra él ninguna acción contraria, y supone que es realmente una aparición divina lo que el demonio hace surgir como antes explicamos.

74. Cuando viene el ángel de Dios, con su sola palabra hace cesar en nosotros toda la acción del adversario, e induce a la luz del espíritu a obrar sin desviarse.

75. Cuando se lee en el Apocalipsis (8,3) que el ángel toma incienso para unirlo a las oraciones de los santos, se trata, creo, de esta gracia que hace el ángel. El hace nacer la ciencia de la verdadera oración en el espíritu, de tal manera que éste queda en lo sucesivo libre de toda agitación, acedia y negligencia.

76. Los perfumes de las copas son las oraciones de los santos ofrecidas por los veinticuatro ancianos.

77. Por la copa se entiende el amor de Dios, es decir, la caridad perfecta y espiritual, en la cual la oración se realiza en espíritu y en verdad.

78. Si piensas que no te hace falta llorar tus pecados en la oración, considera cuánto te has alejado de Dios, debiendo haber permanecido siempre en Él. Entonces llorarás con más ardor.

79. Ciertamente, si reconocieras tu medida, fácilmente gemirías reprochándote a ti mismo, como Isaías (6,5), ser impuro, tener labios impuros y vivir en medio de un pueblo impuro. Tú, por el contrario, te atreves a presentarte ante el Señor de los Ejércitos.

80. Si oras verdaderamente estarás plenamente seguro. Los ángeles vendrán a ti y te iluminarán el sentido profundo de los acontecimientos.

81. Sabe que los santos ángeles nos inducen a orar y permanecen a nuestro lado alegres y orando con nosotros. Pero si somos negligentes y aceptamos pensamientos del enemigo, los irritamos mucho. Efectivamente, mientras ellos luchan a favor nuestro, nosotros no queremos siquiera suplicar a Dios por nosotros mismos, y despreciando su servicio, abandonamos a Dios, su Señor, para acudir al encuentro de los impuros demonios.

82. Ora con mansedumbre y sin ansiedad; salmodia con inteligencia y armonía, y serás como el aguilucho que vuela en las alturas.

83. La salmodia calma las pasiones y apacigua la intemperancia del cuerpo. La oración, en cambio, hace que el espíritu se ejercite en la actividad que le es propia.

84. La oración es la actividad que, ciertamente, conviene más a la dignidad del espíritu, donde éste ejercita distintamente su discernimiento.

85. La salmodia es la imagen de la sabiduría multiforme. La oración, en cambio, es el preludio de la gnosis inmaterial y simple.

86. La gnosis es algo excelente. Colabora con la oración moviendo la potencia intelectual del espíritu a la contemplación de la ciencia divina.

87. Si aún no has recibido el carisma de la oración o de la salmodia, persevera y lo recibirás.

88. El Señor enseñó a sus discípulos una parábola que mostraba que debían orar siempre sin cansarse. No te canses, pues, de esperar, ni te descorazonas por no haber recibido: ya recibirás luego. La parábola concluía así: "Aunque yo no temo a Dios ni me importan los hombres, sólo por librarme del fastidio que me causa esta mujer, le haré justicia" (Lc 18, 4-5). Así Dios hará pronto justicia a los que lo invocan noche y día. Ten, pues, buen ánimo y persevera en la santa oración.

89. No desees que tus cosas sucedan como a ti te guste sino como quiera Dios. Entonces tu oración estará llena de paz y de acción de gracias.

90. Aunque te parezca que estás unido a Dios, ten cuidado del demonio de la impureza que es muy falaz y el más envidioso de todos. El trata de ser más rápido que el movimiento y la vigilancia de tu espíritu para poder apartarlo de Dios cuando está en su presencia con devoción y temor.

91. Si te entregas a la oración, prepárate para los asaltos de los demonios, y soporta valientemente sus golpes. Ellos se arrojarán sobre ti como bestias salvajes y maltratarán todo tu cuerpo.

92. Prepárate como un luchador experimentado. Aunque veas de pronto un fantasma, no te conmuevas; si se te aparece una espada amenazante, o un resplandor ofusca tu vista, no tiembles; si ves una figura horrible y sanguinolenta, no desfallezca tu alma. Permanece firme en la confesión de tu santa fe y dominarás fácilmente a tus enemigos.

93. El que soporta la aflicción hallará la alegría, y al que sobrelleva lo desagradable no le faltará el gozo.

94. Vigila para que los demonios no te engañen con alguna visión. Sé prudente y recurre a la oración. Invoca a Dios para que te haga ver si lo que percibes viene de El, y, si no es así, para que El árroje pronto de ti al seductor. Ten confianza; si te diriges a Dios con ardor, los perros no podrán resistir. Pronto, invisiblemente y en secreto serán expulsados lejos, castigados por el poder de Dios.

95. Es bueno que no desconozcas esta artimaña: a veces, los demonios se separan entre ellos, y cuando tú pides ayuda contra unos, entran los otros con aspecto angélico y echan a los primeros. Lo hacen para engañarte y hacerte creer que son verdaderos santos ángeles.

96. Esfuérzate por tener una gran humildad, y las amenazas de los demonios no llegarán hasta tu alma, ni el flagelo se acercará a tu tienda. El dará órdenes a sus ángeles para que te guarden y aparten invisiblemente de ti todas las maquinaciones hostiles.

97. Quien se esfuerza por alcanzar la oración pura, aunque oiga ruidos, estrépitos, voces e insultos, no se abatirá ni se rendirá, sino que le dirá al Señor: "No temeré ningún mal porque tú estás conmigo", y cosas semejantes.

98. En los momentos de tales tentaciones recurre a una oración breve e intensa.

99. Si los demonios, apareciéndose de improviso en el aire, te amenazan para aterrarte y asolar tu espíritu o, bajo la apariencia de fieras, parecen querer destrozarte tu carne, no temas nada ni te preocupes de sus amenazas. Ellos te quieren atemorizar a ver si los atiendes o si los desprecias del todo.

100. Si en tu oración estás ante Dios todopoderoso, Creador y Providente ¿cómo estás en su presencia olvidándote locamente de su temor soberano y temiendo, en cambio, a los mosquitos y escarabajos? ¿No oíste a Aquel que dijo: "Tú temerás al Señor tu Dios" (Deut 10, 20), y también "Ante tu poder todo se estremece y tiembla" (cf. Joel 2, 10-11 y Eccli 16, 19)?

101. Como el pan es alimento para el cuerpo, la virtud lo es para el alma, y la oración inmaterial (espiritual) para el espíritu.

102. No ores como el fariseo sino como el publicano, en el lugar sagrado de la oración, para que tú también seas justificado por el Señor.

103. Esfuérzate en tu oración para no desear nunca mal a nadie, no sea que, haciendo abominable tu oración, destruyas lo que edificas.

104. El deudor que debía diez mil talentos te enseña que si tú no perdonas al que te debe, tampoco alcanzarás el perdón, pues escrito está que aquel fue entregado a los verdugos.

105. No hagas caso de las exigencias del cuerpo cuando estés orando, no sea que por la picadura de un piojo, de una pulga, de un mosquito o de una mosca, pierdas el grandísimo provecho de la oración.

106. Llegó hasta nosotros la noticia de que el maligno combatía tanto a cierto santo que, cuando éste extendía las manos, el enemigo, transformándose en león e irguiéndose sobre las patas traseras, clavaba las garras en las mejillas del atleta, sin soltarlo hasta que bajara las manos. Pero él nunca las bajó hasta terminar las oraciones acostumbradas.

107. Sabemos que así era también Juan el pequeño, o por decirlo mejor ese muy gran monje que llevaba vida solitaria en una fosa. Gracias a su íntima unión con Dios, permanecía inmovible mientras el demonio, bajo la forma de un dragón enroscado en su cuerpo, le triturbaba las carnes y eructaba en su rostro.

108. Seguramente habrás leído en la vida de los monjes de Tabenisi, aquel pasaje donde se narra que dos víboras se acercaron un día a los pies del abad Teodoro mientras éste estaba hablando a los hermanos. Sin inmutarse les hizo un lugar entre los pies para alojarlas allí hasta el fin de la conferencia. Recién entonces se las mostró a los hermanos y les contó lo sucedido.

109. También hemos leído que una víbora se enroscó en los pies de otro varón espiritual mientras éste oraba. Pero él no bajó los brazos hasta terminar la oración habitual, a pesar de lo cual no sufrió ningún daño por haber amado más a Dios que a sí mismo.
110. Mantén quieta tu mirada durante la oración. Renuncia a tu carne y a tu alma y vive según el espíritu.
111. Un santo solitario del desierto, mientras oraba con gran fortaleza, fue asaltado por los demonios. Estos, durante dos semanas jugaron a la pelota con él arrojándolo al aire y recibiéndolo en una estera. Pero en modo alguno pudieron apartar su espíritu de su ferviente oración.
112. Otro, lleno de amor de Dios y de celo por la oración, iba por el desierto cuando se le aparecieron dos ángeles que se pusieron a ambos lados y caminaban junto a él. Pero él no se preocupó de atenderlos para no perder lo que era más importante, acordándose de las palabras del Apóstol: "Ni los ángeles, ni los principados, ni las potestades podrán separarnos de la caridad de Cristo" (Rom 8, 38-39).
113. El monje, por la verdadera oración, se vuelve igual a los ángeles.
114. Si quieres ver el rostro del Padre que está en los cielos, no trates en modo alguno de percibir alguna forma o figura en el tiempo de la oración.
115. No desees ver sensiblemente a los ángeles o a las potestades o a Cristo, no sea que pierdas totalmente el juicio y recibas al lobo en lugar del pastor, y adores a los demonios enemigos.
116. Esta ilusión nace de la vanagloria espiritual, la cual incita al espíritu a imaginar la divinidad limitada bajo formas o figuras.
117. Diré algo que pienso y que ya se lo he dicho a los jóvenes: Feliz el espíritu que en el tiempo de la oración consigue una total ausencia de formas.
118. Feliz el espíritu que, orando sin distracción, crece siempre más en el deseo de Dios.
119. Feliz el espíritu que en el tiempo de la oración se vuelve inmaterial y pobre.
120. Feliz el espíritu que en el tiempo de la oración llega a despojarse de todo lo sensible.
121. Feliz el monje que se considera el desecho de todos.
122. Feliz el monje que, con gran alegría, ve la salvación y progreso de todos como suyos propios.
123. Feliz el monje que tiene a todos por Dios, después de Dios.
124. Monje es aquel que está separado de todos y unido a todos.
125. Monje es aquel que se considera unido a todos porque se ve siempre a sí mismo en cada uno de los hombres.
126. Aquel que ofrece a Dios el fruto de las primicias de su espíritu, lleva la oración a la perfección.
127. Puesto que eres monje y deseas orar, evita toda falsedad y todo juramento; si no, en vano aparentas lo que eres.
128. Si quieres orar con el espíritu, no le pidas nada a la carne, y ninguna nube se te opondrá en el tiempo de la oración.
129. Deja en las manos de Dios el cuidado de tu cuerpo, y así le mostrarás que le confías también el cuidado de tu espíritu.

130. Si logras alcanzar las promesas, reinarás. Piensa esto y soportarás alegremente la pobreza del presente.

131. No rehúyas la pobreza y la tribulación, pues son el alimento de la oración ingrátida.

132. Que las virtudes del cuerpo te ayuden a adquirir las del alma; las del alma a las del espíritu; y estas últimas, a la gnosis inmaterial.

133. Cuando ores, si los pensamientos fácilmente se apartan de ti, mira de dónde proviene esto, no sea que caigas en una emboscada y te traicionen a ti mismo por haberte equivocado.

134. Sucede a veces que los demonios te sugieren pensamientos, incitándote a la vez a que ores contra ellos y los combatas. Entonces ellos se retiran espontáneamente. Lo hacen para engañarte y hacerte creer que ya has comenzado a vencer los pensamientos y a atemorizar a los demonios.

135. Si oras contra una pasión o contra un demonio que te atormenta, acuérdate de aquel que dijo: "Perseguiré a mis enemigos, los alcanzaré, no me detendré hasta haberlos vencido; los quebrantaré y no podrán rehacerse y sucumbirán bajo mis pies" (S 17, 38-39), etc. Esto dirás en el tiempo oportuno, armándote de humildad contra los adversarios.

136. No creas que has alcanzado la virtud antes de haber luchado por ella hasta derramar sangre. Es necesario oponerse a muerte al pecado, luchando de un modo irreprochable, como dice el divino Apóstol.

137. Cuando hayas hecho un bien a alguien, otro vendrá a hacerte mal para que la injusticia te haga defezionar o cometer algún traspies, disipando malamente lo que en buena ley habrás juntado. Esto es lo que persiguen los perversos demonios, por eso hay que estar sabiamente atento.

138. Prepárate para recibir los asaltos de los demonios que vienen a la carga, pensando cómo vas a hacer para eludir su servidumbre.

139. De noche, los demonios intentan turbar por sí mismos al maestro espiritual. De día se sirven de los hombres para asediarlos con dificultades, calumnias y peligros.

140. No escapes de los bataneros porque éstos hieren al pisar y desgarran al estirar. Piensa que por este medio se vuelve limpia y clara tu sensibilidad.

141. Mientras no renuncies a las pasiones y tu espíritu continúe oponiéndose a la virtud y a la verdad, no podrás hallar en tu seno el perfume de agradable olor.

142. ¿Quieres orar? Sal de aquí y ten tu morada en los cielos. Pero no sólo con palabras sino con la praxis angélica y con la gnosis divina.

143. Si solamente en el tiempo de la adversidad te acuerdas del Juez y de qué terrible e insobornable es, no has aprendido a servir al Señor con temor y a gozar de El con temblor (S 2, 11). Debes saber que en el tiempo de las alegrías y consuelos espirituales hay que rendirle culto con mayor piedad y reverencia.

144. Es un hombre sabio aquel que, antes de haber alcanzado su perfecta conversión, no abandona el recuerdo doloroso de sus propios pecados y del castigo del fuego eterno que ellos reclaman.

145. Aquel que todavía sufre el impedimento de los pecados o de los accesos de ira, y pretende descaradamente alcanzar el conocimiento de las cosas divinas y, aun, la oración inmaterial, merece la censura del Apóstol que le advierte que es peligroso para él orar con la cabeza descubierta y sin velo: "Debe ésta —dice— tener una señal

de sujeción en su cabeza, por la presencia de los ángeles" (1 Cor 11, 10), envolviéndose en el pudor y la humildad apropiadas.

146. Como de nada aprovecha al que está enfermo de los ojos el mirar firmemente el sol cuando brilla con más fuerza en pleno mediodía, así de nada aprovecha al espíritu dominado por las pasiones e impuro imitar la terrible y espléndida oración en espíritu y en verdad, sino que, más bien, provoca contra él la indignación divina.

147. Si el que fue al altar llevando una ofrenda, no fue admitido por Aquel que nada necesita y que es insobornable hasta que se reconciliase con su prójimo ofendido, mira qué cuidado y qué discreción son necesarias para ofrecer a Dios un incienso que le agrade en el altar espiritual.

148. No seas locuaz ni busques la gloria, de lo contrario, no sobre la espalda sino sobre tu rostro ararán los pecadores (cf. S 128, 3). Seducido y arrastrado por pensamientos extraños, les servirás de diversión en el tiempo de la oración.

149. La atención que se esfuerza por alcanzar la oración hace hallar la oración. Si hay algo que lleva a la oración, es esta atención. Es necesario, pues, aplicarse a ella.

150. Como la vista es el más noble de los sentidos, así la oración es la más divina de las virtudes.

151. La bondad de la oración no proviene simplemente de su extensión sino de su calidad. Esto lo demuestra la parábola de los dos hombres que subieron al templo (Lc 18, 10 y sig.), y también aquellas palabras: "Cuando oréis no habléis mucho, etc" (Mt 6, 7).

152. Mientras te preocupes de cómo está tu cuerpo, y tu espíritu ande solícito tras las cosas agradables de la tienda, todavía no has visto el "lugar de la oración", sino que está muy lejos de ti el feliz camino que conduce a ella.

153. Cuando tu oración sea para ti tu mayor alegría, entonces habrás hallado verdaderamente la oración.